

# INTELECTUAL Y VIRTUOSO

**José María Castillo** Teólogo

## PERFIL

**JUAN FRANCISCO GARCÍA CASANOVA**  
Catedrático de Universidad

**El nuevo doctor Honoris Causa de la Universidad es fiel a la razón y rebelde al poder**

La neutralidad absoluta es una quimera utópica y tal vez no deseable. Esto es bien sabido y aceptado, pero a la hora de escribir acerca de un amigo, con el que uno se encuentra de cuando en cuando, inevitablemente te asalta la duda de la conveniencia de tal tarea. ¿Es conveniente, es decir, bueno y útil, poner de manifiesto los rasgos personales de ese amigo? Además, siempre cabrá la duda, si no la sospecha, de que el subjetivismo y la parcialidad, que impregnan la amistad e incluso el respeto y el reconocimiento, estén habitando en la relación con el amigo. De antemano, quiero manifestar que no renuncio a tales trabas, convencido de la inutilidad de los esfuerzos en pos de la objetividad; sin amor no es posible el conocimiento, según la doctrina agustiniana. He aquí el dilema a la hora de abordar el perfil de la figura de José María Castillo. ¿Cómo decir algo de él que pueda ser compartido por los que le conocen y expresivo de la verdad de su temple para los que no?

No tengo más opción, si quiero ser honesto con su persona y con los posibles lectores de este perfil biográfico, que intentar basarme en hechos y datos objetivos, en la medida en que esto sea posible, y a ello me pongo.

José M<sup>a</sup> Castillo es un intelectual, que a su vez es teólogo. Como intelectual tiene un compromiso ineludible con la realidad, aquí entendida como vida, referida a los acontecimientos de su tiempo. Como teólogo ha de ser fiel a su tarea de hacer compatible razón y fe, o al menos mostrar su no contradicción. En esta doble dimensión hay que juzgar la obra de José M<sup>a</sup> Castillo.

Su compromiso intelectual con nuestro mundo se ha decantado a favor de los pobres y la justicia, lo que equivale a tomar 'partido', cosa no muy bien vista en nuestros días, como siempre, por el poder, allí donde esté de manera velada o patente.

La otra coordenada de su vocación, la teológica, tampoco le ha resultado fácil. La relación razón-fe tiene sus reglas propias. Uno y otro concepto, a primera vista parecen autónomos y esto trae pro-



**Honoris Causa de la UGR.** El teólogo e intelectual José María Castillo. :: RAMÓN L. PÉREZ

blemas sin cuento. La autonomía de la razón hurga en el fondo y en el feudo de la fe y del misterio, y se pregunta revolviéndose contra la pretendida superioridad de la fe, sin aceptar su victoria, sabedora desde la Ilustración, como ya supo ver el piadoso Hegel, que era la fe la que corría riesgos cuando desafiaba la razón.

## Prolífico

La obra de José M<sup>a</sup> Castillo, la escrita, es la que con la brevedad del boceto vamos a recordar; la otra, la del testimonio de la fe y de la vida es más difícil, y la dejo en manos de los que la conocen; tal vez ellos puedan emitir algún veredicto. Su producción escrita como intelectual está publicada en decenas y decenas de artículos periodísticos y no pocos libros, sobre asuntos de actualidad que no nos dejan indiferentes: la corrupción, la injusticia, la pobreza, la violación de la conciencia y de los demás derechos de la persona. Siempre aporta una palabra que ilumina, critica y cuestiona los diferentes aspectos de es-

tas realidades que afectan a los seres humanos con los que convivimos casi con naturalidad, sin advertir las más de las veces que son construcciones de la soberbia y del poder del hombre.

La otra obra escrita, la teológica, la que ha ocupado la mayor parte de su tiempo y de su vida de profesor y de investigador, es enorme y admirable. Cuenta con alrededor de una centena de libros específicos. José María Castillo tal vez sea uno de los teólogos más prolíficos y leídos de nuestro país, y en lengua española, en la actualidad. Sus textos reeditados han alcanzado numerosas ediciones, cosa poco frecuente en los ámbitos religiosos y teológicos hispanos. Tampoco este capítulo le ha traído demasiados parabienes, sí advertencias, llamadas de atención de superiores y jerarquías, exclusiones y expulsiones, eso sí con el sello de la casa, sin juicio previo, sin posibilidad de defensa, en definitiva sin crítica razonada de sus escritos. Su pecado, el mismo de tantos que le precedieron en la marginación: ser

fiel a la razón y rebelde al poder.

José M<sup>a</sup> Castillo en teología ha criticado –en su sentido etimológico– las respuestas teológicas actuales y pasadas, y ha desembocado una vez más en preguntas últimas, existenciales y religiosas –sobre el mal y el bien, la vida y la muerte–, que a la postre son expresión del sentimiento religioso de todo hombre de creencia, y el teólogo, en su caso, lo es.

Y es en este ámbito, el del saber teológico, ciertamente un saber muy especial, en el que la Universidad de Granada quiere reconocer a José María Castillo con el Doctorado Honoris Causa por su aportación al conocimiento. Este es el grado más prestigioso que la institución universitaria tiene reservada a los hombres excepcionales en el campo del trabajo científico. En el caso de José María Castillo, como en el de todos los que han sido merecedores de tal distinción, el motivo es el honor, palabra que la Universidad ha conservado institucionalmente para los que han alcanzado la meta más alta del saber en

su disciplina. Al mismo tiempo mantiene unido al nivel de excelencia del conocimiento la vertiente moral del honor entendido como virtud, en el sentido clásico de la obra bien acabada y al servicio de los demás. El virtuoso del saber tiene que poner su sabiduría a disposición de la comunidad con la mayor fidelidad posible a la verdad, a costa de cualquier otro beneficio y ventaja. Esto lo ha hecho el nuevo doctorando de manera ejemplar y los que conocemos al personaje y su obra nos sentimos doblemente recompensados, por el reconocimiento que justamente recibe el doctorando y por el honor al que se hace acreedora la propia institución al reconocer el valor del trabajo honesto y sin concesiones de toda una vida.

## Creylene

Pero quizá, por encima y más allá del mundo académico, el atractivo de José María Castillo, que no deja indiferente, al margen de la posición de cualquiera respecto a su fe, sea que, además de intelectual y teólogo, es también un creyente cristiano, que hace una lectura contagiosa y sencilla del Jesús de los evangelios, y se pregunta por el sentido de la trascendencia divina, meditando sobre como el 'otro', el hermano, encarna al Jesús Hijo de Dios.

Este sentimiento cristiano de hermandad, le ha llevado a un planteamiento ontológico hondamente democrático, en línea erasmiana, que le hace profesar una concepción comunitarista del hombre, versus la individualista de la teología liberal burguesa vigente en el sistema económico de mercado, eufemismo del sistema capitalista.

Este es el hombre, o por lo menos, el hombre que yo he percibido, como tantos otros amigos y discípulos, a través de su obra, la escrita y la otra, la de testigo comprometido con nuestro mundo, que lo avala como un ser de excepción, como especie en peligro de extinción, al que todos los que aún conservan algo de sensibilidad espiritual –me atrevo a concretarla en emoción por la libertad–, tienen el deber de proteger.

José M<sup>a</sup> Castillo, el teólogo, el intelectual, el creyente cristiano, se sintetiza en el hombre que ha preguntado, con radicalidad y sin concesiones, por la única pregunta que vale la pena y que afortunada o desafortunadamente no tiene respuesta: ¿qué es la trascendencia divina? Y esa pregunta viene a encarnar lo que Heidegger llama la piedad del conocimiento. Mientras la pregunta sea tal, es decir tenga lógica, existirán condiciones de posibilidad para la existencia religiosa. Desde el punto de vista fenomenológico esta es la explicación del hecho religioso a lo largo y ancho de la historia.

# ¿Cuánto tiempo podemos esperar?

MANUEL VILLAR RASO

**D**os veces he estado en Libia. La primera me pareció un país de pacíficos y felices comerciantes y nómadas, con un nivel de vida aceptable comparado con la de sus vecinos. La segunda coincidió con el 36 aniversario de la toma de poder de Gadafi, a sus 72 años (hace exactamente seis) y salí con el corazón encogido. Por todas partes, inmensos carteles con palabras grandilocuentes como ‘Paz, amor e igualdad’, o ‘Un gran río para un gran pueblo’, aludiendo a los inmensos depósitos de agua dulce descubiertos en el subsuelo del desierto y bombeada por inmensas tuberías a las férciles tierras del norte.

En las calles no se palpaba un hambre absoluta. En los restaurantes no faltaba el pollo y un plato de harira, siempre lo mismo, pero no había un solo cafetín en el que los jóvenes pudieran reunirse a charlar y a oír música europea. “No tenemos partidos, ni asociaciones, ni prensa, ni parlamento, ni jueces a estilo occidental”, me dice Hassan, mi guía tuareg, “y nuestras vidas dependen de la exclusiva voluntad del demente que nos gobierna”. La agencia nos impuso un inesperado guía y pronto descubrimos que era un policía que no se apartaba un centímetro de nosotros y aquella tutela tan absoluta me abrió los ojos.

En aquella Libia la seguridad era absoluta y nadie tocaría una cartera abandonada en medio de la calle. Trípoli y Bengazí son ciudades modernas con autopistas e interminables casuchas a medio construir en medio de una inmensa suciedad de plásticos. Cada ciudadano libio me consideraría un estúpido si negara que su coronel no es un ser especial, elegido por Dios, entre otras razones porque hombres y mujeres han sido educados para creerlo y no tienen elección. Las niñas van a la escuela y el ir a la escuela es un motivo poderoso para salir a la calle y flirtear a su manera, vestidas de la cabeza a los pies con velos que ocultan sus partes más eróticas. Pero el problema de la mujer Libia, pasada la edad escolar, es otro y salvo las afortunadas que acceden a la universidad, su destino será la casa, donde se las guarda en hornacinas como auténticas huríes de lujo a la espera de un hombre con dinero, porque ni se las ve en los negocios ni en las tiendas, salvo para hacer la compra.

La impresión, viajando por este inmenso país, con los desiertos más bellos de África, es que hay al menos dos Libias muy claras y diferenciadas, la rural que vive en el medioevo y la urbana, centrada en tres o cuatro ciudades. En el Libro verde del coronel, hombres y mujeres son iguales ante la ley, pero nada más falso. El hombre está en la calle y la mujer en la casa.

Visito la universidad Al Haleb y compruebo que las muchachas acceden a los estudios superiores, pero su insignificante presencia en la vida pública son la mejor prueba de la demagogia del coronel. Entre sus grandes logros está la Academia Militar Femenina, la Jamashsiryia, donde se forman sus monjas revolucionarias, las únicas mujeres libres, guardianes de la revolución, el Rahibat, o élite femenina muy poco conocida, su guardia personal y su harem.

Incluso para Hassan, el coronel, es un ser especial, elegido por Dios, entre otras razones porque hombres y mujeres han sido educados para creerlo y no tienen otra elección. El coronel los ha hecho libres y cualquiera me consideraría un estúpido si no lo creyera; solo que cuando arrascas un poco en la superficie del país te das cuenta de que todo es falso. Se condena la prostitución y el país entero es un inmenso prostíbulo. Se predica la igualdad de sexos, pero nada más falso. “Todos somos esclavos y aquí va a pasar algo grande”, me dice Hassan, “porque el tirano no se ablanda o cae pronto de su pedestal, y habrá que empujarlo y echarlo”. Le señalo con el brazo las torres que surgen como hongos en el paisaje y Hassan me aclara que todo lo que mana del subsuelo es de la Exxom americana, la Shell británica, la Total francesa y la Repsol española; pero a quien le discuta su derecho de propiedad le lanzará su arsenal de blindados, tanques, aviones y lanzacohetes, comprados en Rusia. “Le debemos la vida, pero esto es una caldera en ebullición y el día menos pensado va a estallar. Entonces Europa, la OTAN y los Estados Unidos invadirán Libia y nos salvarán del delirio de un demente. Sería muy hermoso”. “Tienes, Hassan, una opinión demasiado generosa de los países occidentales”, le digo y él me responde: “No os quedará más remedio que invadirnos y si vosotros no lo hacéis lo haremos nosotros”. Y esto es lo que hoy está sucediendo tal como Hassan me predijera. Gadafi bombardea los pozos de petróleo. Arden Zauiya y Ghadamés, dos de las más hermosas ciudades del desierto y no puedo por menos de acordarme



REUTER

de la bellísima Cirene griega en el este y de la romana Leptis Magna en el oeste, reducidas a cenizas quizá por un demente parecido, que antepuso la voracidad del poder a la vida humana, incendiando, saqueando y destruyendo ejemplos tan hermosos del pasado. Siempre he dicho no a las guerras, todas son feas y estoy contra ellas, pero hay momentos y existen tiranos ante los que la muerte de miles de personas, la huida de mujeres y de niños de sus hogares, la hambruna y el horror no pueden dejarnos impasibles y hacen, como me decía mi amigo tuareg, que la violencia parezca hermosa.

# La crisis en Granada

FERNANDO DE VILLENA

**C**omo las hojas de los chopos arrebatadas por el viento durante el largo invierno, esta duradera crisis que padecemos se está llevando demasiadas cosas importantes. Los comedores sociales no dan abasto y cada vez faltan más camas donde acoger a los muchos mendigos que sobreviven en la ciudad. Basta recorrer la Gran Vía a las diez de la noche para tropezar con hombres y mujeres que buscan el cobijo de los portales. Algunos gozan el privilegio de cubrirse con una manta; otros tienen que conformarse con cartones. Y llueve y llueve y pasamos con indiferencia, dichosos incluso de que el dolor no nos toque de lleno a nosotros, pero ellos quedan ahí, ateridos, hambrientos, avergonzados a veces de su situación. Cada día son decenas quienes se suman a la descomunal cifra de parados; los desahucios se multiplican, los bancos se han convertido en agencias de la propiedad inmobiliaria y familias enteras padecen la incertidumbre de si comerán o no al día siguiente, de si tendrán o no donde dormir.

Centenares de comercios que se abrieron con grandes ilusiones cierran sus puertas; gentes que se endeudaron con entusiasmo confiando en que su negocio les proporcionaría una manera digna de vivir se ven ahora en la ruina. Recorrer la ciudad un día de entresemana es como pasear por un cementerio de ilusiones. Tiendas y tiendas a la espera de algún cliente, ofertas, saldos, desolación. En calles como la de Ángel Ganivet se

han añadido a la crisis las obras de remodelación y varios son ya los locales comerciales que han sido clausurados.

Ayer supe que la óptica “Oxford”, en el Zacatín, uno de los más veteranos negocios de Granada, también cerraba sus puertas... Uno, cuando es un niño, posee un mapa de su propia ciudad y, a medida que transcurre el tiempo, ese mapa cambia por completo. Aquí hubo una juguetería –nos decimos–; allá un puesto de golosinas... Yo recuerdo, por ejemplo, una Carrera del Genil llena de cereñas, con un establecimiento de espumosos que refrescaba a todos los granadinos y un continuo tránsito de tranvías azules y amarillos. Y recuerdo una calle Mesones con una iglesia convertida en almacén de alfombras y telas y con pintorescas talabarterías e históricas librerías como la de Mariano Almendros o la de Paulino Ventura, donde se publicó el “Libro de Granada” o “Impresiones y paisajes”, la primera obra de Lorca. Por suerte aún permanece abierta en dicha calle la librería “Estudio” y al frente de ella sigue atendiéndonos Loli con su diligencia y amabilidad extraordinarias.

Desde luego, no tiene por qué ser mejor lo antiguo que lo moderno. Hay lugar para todo, pero no puedo menos de sentir una honda melancolía al ver esa Granada “que se fue y no vino” y esta sociedad cada vez más insolidaria con quienes padecen los efectos de una crisis urdida por un puñado de logreros lejos, muy lejos de nuestras calles y de nuestras plazas.

# Mover ficha

EMILIO J. GARCÍA-WIEDEMANN



**E**l implacable paso del tiempo alcanza también a la política. Ya sé que tienen ustedes mil y un ejemplos para demostrar hasta la saciedad lo contrario, pero se trata de su ‘tiempo’, al político, me refiero, y, claro, ahora deben comenzar a sacar de la chistera propuestas, más y menos, empolvadas con que presentarse a la próxima concurren-

cia electoral. El candidato socialista ya lleva unos meses moviéndose en este sentido. Ahora, parece ser el momento que ha elegido Izquierda Unida para salir a la “arena”. Por su parte, la derecha, segura ella de la fidelidad de los suyos, emponzoña la vida la vida cotidiana. Especialistas en pescar en río revuelto, cifran su estrategia, tan vieja como sus ideas, en aburrir a cuantos

están hartos de sus fondos y de sus formas.

Izquierda Unida se ha descolgado con una propuesta que, sin ser nueva, ni siquiera novedosa, es, sin duda, muy sugestiva para la ciudad: la creación de un nuevo campus universitario en la actual ubicación del antiguo cuartel “Córdoba 10”. La Universidad, no es ningún secreto, si me apuran, es un secreto a voces, está

muy necesitada de espacios y su crecimiento armónico depende, en gran medida, de poder disponer de instalaciones suficientes en que abordar los grandes retos que se le plantean a una institución de tal potencial docente e investigador. Los requerimientos de “Bolonia” y la exigencia creciente de la experimentalidad en todas y cada una de las disciplinas hacen que las facultades y

los institutos universitarios se hayan quedado pequeños para afrontar debidamente las demandas que la sociedad exige a una institución de primer nivel.

El crecimiento espacial de la Universidad en el interior de la ciudad es algo que beneficia a todos, especialmente a la maltrecha economía de este municipio. Si no me creen pueden consultar lo que aporta la institución académica al PIB. Pero, claro, para abordar una empresa de ese calibre es preciso ser generoso con la ciudad y sus moradores, ser capaz de trascender el cortoplacismo partidista, abandonar defi-

nitivamente la “cultura del pelotazo” y olvidarse, para siempre, de tocar la Vega, ni siquiera como tentación. A cambio, beneficios inmediatos, planificación inteligente para lo que sea el devenir de esta urbe. El crecimiento armónico de la Universidad es el crecimiento de la ciudad, sobran ejemplos para demostrarlo, no sólo como urbe en su conjunto, sino barrio a barrio.

Cualquier municipio del cinturón está esperando con los brazos abiertos a que la Universidad le susurre cualquier cosa en ese sentido. ¿Imperará el sentido común?